

# EL MUNDO

Sábado, 10 de enero de 2004. Año XV. Número: 5.146.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

# Un plan para ganar la Guerra

ANTHONY ZINNI

Cómo ganar esta Guerra de Irak? Esta es la gran pregunta que nos hacemos prácticamente todos los ciudadanos de EEUU, una pregunta que en sí misma puede resultar sorprendente. ¿Por qué nos la planteamos? El motivo es simple: últimamente solemos derrotar al enemigo en batalla pero no ganar las guerras. Por tanto, la pregunta que deberíamos plantearnos los norteamericanos, con el propósito de empezar a reflexionar sobre el camino que deben seguir nuestras Fuerzas Armadas y el papel que deberían desempeñar en el mundo, es por qué, si somos capaces de triunfar en la batalla, estamos fracasando en lo esencial.

Antes, lo habitual era que, si uno vencía a las fuerzas enemigas en campaña, ya no quedaba más que reducir los focos de resistencia a la mínima expresión posible. La guerra, pues, se ganaba en el campo de batalla. Esto no ha sucedido en Irak. Tampoco ha sucedido en todo el tiempo que estuve en activo como militar, es decir, en 39 años. Probablemente, no haya sucedido desde el final de la II Guerra Mundial. Insisto: no es lo mismo ganar batallas o derrotar al enemigo en una contienda militar, que vencer de verdad. Lo primero que hay que descubrir, por tanto, son las causas de este fenómeno, y si nuestras Fuerzas Armadas tienen una función más allá de destruir el poderío militar del enemigo y amedrentar a la población para que se someta a nuestro dictado.

En este sentido, no deja de resultar asombroso nuestro afán por constantemente rediseñar el Ejército con el fin de que desempeñe una labor que de hecho ya desempeña muy bien. En efecto, nuestros soldados han sido capaces de aniquilar la resistencia militar montada por Sadam Husein, que, si bien no contaba con armas o recursos comparables a los nuestros, sí estaba relativamente bien organizada. Este es un motivo por el que debemos estar sumamente orgullosos de nuestras tropas.

Pero, dicho esto, la victoria sobre el régimen iraquí no ha bastado para ganar la guerra. Declaramos la victoria y dijimos que el juego, la partida, había terminado. Pero estaba lejos de haber concluido y puede no hacerlo por mucho tiempo.

Si nos referimos al futuro, no debemos pensar en cómo ganar la paz, como si ésta fuera una parte secundaria de la guerra; tenemos que considerar el

conflicto de Irak desde el principio hasta el final. No es una contienda que vaya por etapas; no hay una fase de combate y después otra posterior y fácilmente dissociable de la primera. La sangre que se ha derramado en el campo de batalla habrá sido totalmente inútil si no logramos comprender en qué consiste la victoria.

Repasando toda la Historia de Estados Unidos, sólo ha habido una vez en la que realmente se ha comprendido este concepto clave para las relaciones entre Estados. El presidente Harry Truman y el general George Marshall lo entendieron. Woodrow Wilson intentó que los norteamericanos lo entendiéramos, pero nos negamos a hacerlo, y nos vimos condenados a una segunda gran guerra mundial. Tampoco lo comprendimos tras el hundimiento de la Unión Soviética; no fuimos capaces de verlo en Vietnam y Somalia, y ahora volvemos a caer en el mismo error.

Antes de mi jubilación, en 2000, antes de las atrocidades cometidas el 11 de septiembre, el gran tema de conversación en Washington era la necesidad de reformar las Fuerzas Armadas. Entonces me pidió la NDU [National Defence University] que presentara un informe sobre el tipo de misión que, en mi opinión, desempeñarían nuestras tropas en el futuro, y qué tipo de capacitación requerirían para ello. Mi respuesta fue un documento con seis puntos clave. El primero trataba de la posibilidad de derrotar a una potencia global con capacidades militares sofisticadas. Lo segundo que mencioné fue el reto de hacer frente a hegemonías regionales con capacidades asimétricas, tales como armas de destrucción masiva y misiles. El tercer punto era cómo hacer frente a amenazas transnacionales entre las que figuran grupos terroristas y organizaciones internacionales de criminales y narcotraficantes. En cuarto lugar expliqué la importancia de prever el peligro que suponen los Estados fallidos o incapaces de consolidarse, que requieren misiones de mantenimiento de paz, y ayuda humanitaria y a la reconstrucción nacional. Y, como colofón, hablé de la necesidad de protegernos de todas las posibles amenazas a nuestras fuentes fundamentales de información.

Estos eran los retos y objetivos que yo, al igual que muchos otros analistas y militares, veía en el horizonte cercano de nuestras tropas. Y creo que no me equivoqué. Es una visión del papel de las fuerzas militares en el mundo que contrasta con la imagen habitual que se tiene de ellas, como una organización que se dedica simplemente a matar gente y romper cosas, y que sólo después de haberlo hecho se toma el tiempo de reflexionar cómo reparar el caos que deja en su estela y solucionar el conflicto de base. Esta interpretación restrictiva de la función militar excluye de su consideración otros elementos del poder nacional, como el sistema político, la situación económica o las redes de información, elementos que sí tomó en cuenta Marshall al acabar la II Guerra Mundial, pero que parecen haber quedado olvidados en el caso de la actual guerra de Irak.

Nuestras tropas saben hacer muy bien todo lo relativo a matar gente y

destronar ciudades. Quienes les dirigimos podríamos permanecer tranquilamente sentados en un despacho y diseñar un pelotón de fusileros mejor, construir un avión más eficaz, un barco más poderoso, un carro de combate mejor. Lo cierto es que ahora mismo Estados Unidos está muy por delante de cualquier enemigo potencial en todas estas modalidades tecnológicas, en todo lo que se refiere a la pericia en cuanto a calidad de la dirección y en todos los aspectos que hacen grande a una unidad militar en el campo de batalla; estamos tan por delante de nuestros rivales imaginarios y reales que realmente resulta asombroso todo el tiempo y recursos que dedicamos a incrementar nuestro poderío militar.

Yo estoy a favor de reformar las Fuerzas Armadas, si entendemos por ello el encontrar una manera de aprovechar mejor la tecnología disponible e incrementar nuestra formación y capacitación. Es decir, una manera creativa de rediseñar nuestra organización con el fin de hacer que nuestras Fuerzas sean todavía más eficientes en el campo de batalla. Pero éste no es el problema y por tanto tampoco la solución.

La clave está en definir la función de las Fuerzas Armadas después de la contienda pura y dura. Irak nos está obligando a reflexionar acerca de cómo afrontar bien el reto que no fuimos capaces de superar en Somalia y Vietnam. Un reto que seguirá presentándose en contiendas venideras, que las habrá. Por eso, lo que debemos preguntarnos ahora es si hay algo que las Fuerzas Armadas de EEUU deban cambiar en aras de lo que implica su inevitable ingreso en el área de la gestión, tanto política y económica como de la información. Si nuestros líderes políticos no son capaces de solucionar el problema -si no pueden aportar los recursos necesarios, ni la pericia y organización que hacen falta- y seguimos siendo los militares quienes cargamos con la responsabilidad, entonces la alternativa está clara. O bien los políticos desarrollan la capacidad que se les exige y los militares aprendemos a actuar con ellos como garantía de que las cosas se harán de la forma adecuada, o bien las Fuerzas Armadas se deciden por fin a convertirse en algo más que una mera fuerza bruta.

Esto supondría cambios profundos en nuestra organización. Por ejemplo, en la posguerra no nos dedicaríamos exclusivamente a sofocar la resistencia y a la atención humanitaria básica, sino que además pasaríamos a implicarnos de verdad en el proceso de reconstrucción nacional.

Para ello, quienes sigan la carrera militar deberán también recibir una educación en las disciplinas de la economía y la estructura política. Porque, en definitiva, los militares están llamados a actuar como auténticos gobernadores. Los comandantes en jefe que actúan en Irak de procónsules, serán en el futuro verdaderos procónsules, y se les dará la necesaria autoridad para ello, para que se pueda establecer una política regional. Esto es algo que puede asustar, sobre todo a los dirigentes políticos que, o consiguen poner en las zonas de conflicto a las personas que pueden asumir el liderazgo, y les proporcionan los

medios y la formación necesarios, o autorizan al mando militar para que lo haga. A mi juicio, ésta es la cuestión más importante que ha planteado con renovada urgencia la Guerra de Irak.

La lista de retos a los que se enfrenta el Ejército norteamericano es larga. Hay regiones enteras del planeta sumidas en el caos y la confusión, y lo que hemos visto en Irak no es más que el principio. En las próximas décadas tendremos que seguir haciendo frente a este problema. Habrá que combatir a los terroristas, habrá que luchar contra unos estados fallidos, que son santuarios de problemas. Habrá que reconstruir naciones. Habrá que hacer frente a diversas crisis internacionales y a las terribles amenazas que se ciernen sobre nuestras sociedades. Y todo estará mezclado en un enorme saco, que hará muy difícil distinguir un problema de otro.

No va a ser fácil. El enemigo no será uno ni identificable a simple vista. Ahora mismo, en Irak, nos enfrentamos a combatientes del yihad, que están dispuestos a morir por su causa, a la violencia que asola las calles de las ciudades, a los ex baazistas, a la posibilidad -que es muy real- de que Irak acabe fragmentándose en territorios hostiles entre sí: shiíes contra shiíes, shiíes contra sunníes, kurdos contra turcomanos. Irak, en definitiva, es un barril de pólvora.

Hace poco hablé con un grupo de iraquíes y lo que me dijeron me inspira más miedo de lo que lo hace lo que leo en los periódicos. Urgen recursos; se precisa una estrategia, un plan. El de Irak es otro tipo de conflicto. El combate militar no es más que un elemento de él. ¿Qué hemos de hacer para salir airosos? Por una parte, habrá que disparar y matar; por otra, habrá que dar de comer. Y de paso, construir una economía nueva, rehacer las maltrechas infraestructuras y construir un sistema político creíble y eficaz.

Las guerras del siglo XXI son guerras culturales. Y la verdad es que todavía no comprendemos la cultura de Irak. Yo he pasado los últimos 15 años en esta región del mundo. Y cada vez que oigo a mis compatriotas hablar de Irak me asombro ante lo poco que saben del país. No saben qué motiva a su gente. No saben hasta qué punto es importante gestionar adecuadamente esta misión para evitar una catástrofe mayor.

Los militares norteamericanos somos estupendos para abordar los problemas tácticos: matar y romper. Pero somos un desastre cuando se trata de resolver los problemas estratégicos, y entender de seguridad regional y global. ¿Dónde están hoy los Marshall? ¿Dónde están los Eisenhower y los Truman, que entendieron el camino que debía emprender EEUU?

La pregunta es si nuestras Fuerzas Armadas deben extender su función más allá del aspecto militar o continuar ciñéndose a su misión, sin los recursos, la formación y la cooperación de otros países, y sin la autoridad y legitimidad necesarias para que dicha misión sea un éxito. Si los militares van a gobernar,

si van a ser los reconstructores y los responsables de la labor humanitaria, el Gobierno tendrá que darles recursos y legitimidad. No necesitamos a soldados que sólo valgan para matar y romper; necesitamos gente que tenga suficiente educación, experiencia y talento para asumir el liderazgo de las muchas misiones que se van a encomendar cuando cese o disminuya el tiroteo. Más que ninguna otra cosa, los individuos marcarán la diferencia sobre el terreno.

Concluyo insistiendo que los ciudadanos de EEUU debemos estar muy orgullosos de lo que han hecho nuestros soldados en Irak y en otras partes del mundo. Son el mayor tesoro que posee este país. Por eso, cuando los enviamos a arriesgar sus vidas debiera ser por algo importante. No puede ser porque a un sabelotodo político cualquiera le venga a la mente una determinada idea, sin reflexión previa o estrategia a largo plazo alguna.

Jamás se debe enviar al soldado al campo de batalla sin un plan estratégico, no sólo para el combate sino para lo que vendrá después, es decir, para ganar la guerra. ¿Dónde queda el pueblo norteamericano si acepta esto, si acepta este nivel de sacrificio sin el necesario grado de planificación? En su día, juramos que nunca veríamos un nuevo Vietnam. ¿Lo estamos haciendo? Nuestros líderes deberán responder a esta incómoda pregunta, al igual que el pueblo norteamericano. Y no olvidemos nunca que la muerte de cada uno de esos jóvenes en Irak no es sólo una tragedia personal. Es también una tragedia nacional.

**Anthony Zinni es general retirado del Cuerpo de Marines de los EEUU. Fue jefe del comando central para Oriente Próximo y el Golfo Pérsico.**